

# Hace 100 años... Sitios de diversión y pasión, Ciudad de México

Eugenia Acosta Sol\*

"...que las dichas de la vida humo son, que es una sombra fingida la ilusión"  
Coplas populares



Salón Rojo ca. 1932, Miguel Casasola. Col. Fototeca Nacional. INAH.

## Durante el periodo revolucionario, en la gestión de Carranza, Enrico Caruso fue invitado a México y ofreció varios conciertos en la capital...

El México del periodo entre los siglos XIX y XX, conoció una vida social y recreativa intensa. En la capital habitaban algo menos de medio millón de personas que acudían en sus ratos de ocio –según gustos y bolsillos– a disfrutar espectáculos en cines, teatros, plazas de toros, coliseos, carpas y clubes de diversa índole. Las horas de asueto se pasaban también departiendo, comiendo y bebiendo en tóbolis, restaurantes, cafés, fondas, cantinas o pulquerías.

Los establecimientos conocidos con el nombre de “tóbolis”,<sup>1</sup> eran amplios espacios de diversión familiar que incluían atracciones como restaurante, café, boliche, jardines y salón de fiestas. Empresas, asociaciones y familias organizaban en los tóbolis las más variadas diversiones como juegos florales, concursos de baile o trajes regionales, carreras de cintas, juegos hípicas, jaripeos, bailes de salón y romerías.

El Tíboli Ceballos, por ejemplo, se ubicaba en la glorietta de Colón, sobre Paseo de la Reforma, y era famoso por su selecto abastecimiento de vinos, alimentos y repostaría para toda ocasión; otro Tíboli de gran éxito fue el *Del Eliseo*, domiciliado en Puente de Alvarado e Insurgentes, favorito de las comunidades española, italiana y francesa para organizar bailes de beneficencia, carnavales, convenciones y exposiciones.

### Teatros, carpas y “vistas”

Los aficionados al espectáculo escénico podían elegir entre teatros, carpas y eventos en plazas públicas. Los



1 También escrito en fuentes con “V”, es el nombre de la antigua localidad italiana de Tibur, o Tivoli, población de veraneo durante el imperio romano, en donde el emperador Adriano construyó su famosa Villa Adriana. En 1843 se abrió en Copenhague, Dinamarca el jardín de diversiones Tivoli; amplia extensión de atracciones (61 mil metros cuadrados), que el monarca danés, Cristián VII, subvencionó, convencido por sus asesores de que “cuando el pueblo se divierte, no piensa en la política”. El genérico de Tíboli, para los parques de diversiones, seguramente deriva de este último espacio, de gran moda en las décadas de que hablamos.

teatros iban desde los reconocidos: Nacional, Arbeu, Principal o el Hidalgo, hasta escenarios sencillos en donde el género ligero se conocía como “ínfimo”.

En enero de 1910, el periódico *Excélsior* anunciaba el debut en el Arbeu de la “Compañía dramática italiana de Lyda Borelli y Ruggero Ruggeri, que incluyó en su repertorio obras de Sardou, Bernstein, Lavedan, Wilde y Dumas, entre otros. “La primera actriz de la compañía –informa la nota– cuenta con tan sólo 21 años.”<sup>2</sup>

Las compañías italianas de ópera presentadas en el Nacional causaban furor entre los adeptos al *bell canto*, modalidad artística que permeó rápidamente entre la europeizante sociedad porfiriana, que asistía al estreno en México de obras nacidas en el viejo mundo, como *Tosca* y *Lohengrin*, o creaciones mexicanas como *Atzimba* de Melesio Morales, que también fue representada en la Scala de Milán. El género de la zarzuela, poco apreciado por algunos al principio, fue ganando público en teatros provisionales, y presentándose incluso en calles y plazas.

Durante el periodo revolucionario, en la gestión de Carranza, Enrico Caruso fue invitado a México y ofreció varios conciertos en la capital, dándose tiempo también para colocar la primera piedra de lo que sería el gran cine Olímpia.

Para la diversión ligera y festiva, se podía acudir a las “tandas”, modalidad consistente en cuadros de revistas con baile, canto y *sketchs* cómicos, representados de manera continua en improvisados escenarios, a precios populares.

Pasado el movimiento armado, las tandas tomaron las calles, y se instalaron en carpas, donde nació la Revista Mexicana, y la difusión del imaginario de heroínas revolucionarias –en uno u otro sentido– como Adelita, Marieta, la Cucaracha, la Rielera, la Valentina<sup>3</sup> y otras figuras luego protagónicas de la época de oro del cine mexicano.



2 Periódico *Excélsior*, 1º de agosto de 1910, p.6.

3 Minerva Valenzuela, “La Ronda: Carpas, zarzuelas y en ellas brillando: María Conesa”. Revista *Primer cuadro*, junio 2007, No. 1, p. 3.

## Las llamadas “vistas” asombraban a los asistentes de improvisados jacones y carpas con la sola exhibición de paisajes como: Un Paseo en el canal de la Viga y Escenas en el colegio militar.

Los últimos años del XIX vieron nacer al cine como espectáculo popular. En 1896 se llevó a cabo la primera exhibición pública del cinematógrafo *Lumière* en una botica del centro. Al ver las posibilidades del negocio, Salvador Toscano adaptó el primer “cine”, en una vieja casona vi-reinal, bautizándolo como Cinematógrafo *Lumière*.

Con su aguda visión política, el presidente Porfirio Díaz percibió las posibilidades propagandísticas del nuevo medio masivo de comunicación, convirtiéndose en la primera personalidad mexicana documentada por el celuloide al protagonizar muchas “actualidades” (hoy llamados cortos), como *El general Díaz paseando a caballo por Chapultepec*, *El general Díaz en el desfile de coches* o *El general Díaz corriendo en el Zócalo*.

Pronto se multiplicaron las construcciones improvisadas de madera y lámina para exhibir las llamadas “vistas”; al mismo tiempo, los teatros y salones de baile comenzaron a incluir entre sus atracciones, vistas proyectadas por el cinematógrafo. El cine, como espacio *ex profeso*, no se especializó sino hasta mucho después, con la construcción de edificios llamados salas de cine, o simplemente “cines”, como el Olimpia y el Coliseo. En el periodo entre siglos, se acudía a las *salas*, en donde se encontraban, aparte de las vistas, varias alternativas de disfrute, pues al modo de los *Operahaus* europeos, la Sala Pathé, el Salón Rojo o el Salón de Moda, ofrecían salones de descanso y fumadores, entremeses musicales o circenses, y servicio de comedor, pastelillos y café.

La revolución mexicana fue ampliamente documentada por el nuevo medio fílmico; los camarógrafos, primeros



Cartel del Cinematógrafo en Biografía del poder. 1: Don Porfirio Díaz, místico de la autoridad, Fondo de Cultura Económica, 1987.

corresponsales de guerra, acompañaban a los caudillos en el diario vivir de la lucha y así se compuso una extraordinaria filmografía de los hechos revolucionarios, quedando para la posteridad filmes como *Los sucesos sangrientos de Puebla y la llegada de Madero a esa ciudad*, *Revolución en Veracruz*,<sup>4</sup> y muchos otros.

Por los mismos años, llegaban a México documentales sobre la primera guerra mundial en Europa, advirtiéndose en los locales de exhibición a los partidarios de bandos distintos, que debían de guardar compostura, pues de surgir un desaguizado, sería suspendida la función, sin reembolso de las entradas.

Pero no todo era sufrir. El cine debía también entretener y hacer olvidar la reyerta en el país y el mundo. De modo que los capitalinos asistían a las salas a distraer sus pre-



<sup>4</sup> Federico Dávalos Orozco. *Albores del cine Mexicano*. México, Clío, 1996, pp. 20 y ss.



Porfirio Díaz en el Tívoli del Eliseo 1907.



Teatro Nacional, Litografía policroma, 1849, Banco de México.

ocupaciones con gran cantidad de filmes de variado tono, como: *Dos corazones*, *La Luz trípico de la vida moderna*, *El amor que triunfa*, *La Virgen de Guadalupe*, y decenas de obras más, que comenzaron a perfilar un nuevo arte, y una constelación de nuevos personajes del imaginario social: las estrellas de cine.

Los fabulosos, cuanto sufridos años veinte, vieron coronar la revolución del cinematógrafo gracias a la sonorización de la cinta. No sólo pudo verse sufrir a *Santa*, sino también escuchársele, en la primera película sonora exhibida en México, en 1928, que consagró a Lupita Tovar como estrella dramática de la pantalla. El camino quedó abierto para la gran épica cinematográfica de la revolución mexicana y lo mexicano, que la llamada “época de oro” realizaría en las décadas siguientes.

### ¿Un cafecito?

“Tomar una café”, es hoy en día una expresión usual que alude a un lugar público y claramente a un encuentro para conversar. Salvador Novo explica que ya al finalizar el siglo XVII, en Londres existían unos 3 000 cafés, “nidos de murmuración política”. En uno de ellos, la amarga bebida se promovía como “inocente y simple, incomparablemente buena para los afligidos por la melancolía” por ser “estimulante del espíritu y aligerar el corazón”.<sup>5</sup> Todo eso en una tasa de humeante líquido negro.



5 Salvador. Novo. *Cocina mexicana, historia gastronómica de la Ciudad de México*. México, Porrúa, 2002, p. 23.

La segunda mitad del siglo XIX fue para México el momento de adoptar la moda europea del establecimiento público llamado *Café*, que contribuyó a llevar la tertulia, del salón de la casa a la calle, inaugurando una nueva forma de socialización pública, pero íntima e informal.

Los cafés proliferaron al mediar el siglo, y los hubo por todos los rumbos; entre los más famosos estaban el Café Tacuba, el café y repostería El Globo, y por supuesto, el Café Colón, fundado en 1889, en la calle de Artes –hoy Antonio Caso– esquina con Reforma, frente a la plaza –se decía entonces– y monumento de Cristóbal Colón. Este establecimiento, retratado en el cine y la literatura como gran centro social del México de hace cien años, fue habitual de personalidades del teatro, la política y la literatura, y “célebre por su cantina, restaurante, salón de baile y mostrador con refinada pastelería, así como por su marquesina de vidrio de cara al paseo de la Reforma, desde donde se podía tomar café y apreciar los desfiles”<sup>6</sup>

José Vasconcelos, en *Ulises Criollo*, refiere que, en los años posteriores a la lucha armada, cuando “el carrancismo convirtió la revolución en oficio bien pagado”, Café Colón permanecía, y era nicho de exquisitos placeres, a donde el autor se dirigía, acompañado de su Adriana, para cenar langosta y champaña.<sup>7</sup>



6 Ignacio Ulloa del Río. *El Paseo de la Reforma, crónica de una época*. México, UNAM, 1998, p. 66.

7 José Vasconcelos. *Ulises Criollo*. México, SEP, 1982, p. 401, vol. II.

## El *Jockey Club* ofrecía a los socios, espacios reservados para fumar y descansar después de tomar baños de agua caliente y fría. En sus salones se podía jugar al boliche, el billar, los naipes, el bacará y el ajedrez.

### Un chinguirito refino... ¿o no aguantas l'otra ?

Pocos sitios han dado lugar en la cultura mexicana a imágenes y parafernalia tan ricas y festejadas como las pulquerías. Infaltables establecimientos en el desahogo del tiempo libre al ritmo de unos cuartillos de chinguirito refino, curado de piñón, o refino de canela.<sup>8</sup> Antros de evasión viciosa ni más ni menos, que los elegantes salones de Madero y Paseo de la Reforma.

El aristocrático *nehutli* fue ampliamente difundido y adoptado por españoles, criollos, mestizos e indígenas en el virreinato; su consumo fue, de hecho, origen de inmensas fortunas novohispanas: la *pulcocracia*, diría Salvador Novo. Así que la constelación de *pulcatas* en la ciudad de hace 100 años, no exhibe más que la sobrevivencia y acaso proliferación, de un sitio de esparcimiento bien arraigado entre las mayorías novohispanas.

*Al maguey lo abono  
allá en las matas  
y cuando su pulque tomo  
éste me hace andar a gatas*

En 1914 existían en la Ciudad de México, que contaba alrededor de 470 mil habitantes, 933 pulquerías establecidas y 99 tramitaban su licencia ante el Ayuntamiento.<sup>9</sup>



<sup>8</sup> Vid., Antonio García Cubas. *El libro de mis recuerdos*. México, Porrúa, 1982.

<sup>9</sup> AHDF, Fondo de Licencias, Ramo de bebidas embriagantes, vols.

Eran sin duda los sitios de esparcimiento más abundantes de la ciudad.

Las pulquerías, hoy sustituidas por cantinas mayormente, se distinguieron por la decoración festiva, de *naifa* artística, con papelitos, carteles, murales y *grafitis* de exuberante colorido y lenguaje alburero, mordaz, agudo; el ingenio hilarante comenzaba por el nombre: *El sitio de lady Smith*, *La noche triste*, *Aguantas l'otra?*, *El último día de Pompeya*, *El triunfo de los Prusianos*, *El trust pulquero*.<sup>10</sup> Música, juegos de apuesta, trifulcas y amores pasajeros, acompañaban sin falta al *tlachicotón* en la pulquería, donde se gastaba el mísero jornal, en correcta separación por géneros.

### Caballos, toros y otros animales

Si bien las carreras de caballos se realizaban de tiempo atrás en los alrededores de capital, la novedad en el hipódromo construido por el *Jockey Club* en el rumbo de Peralvillo, consistía en que allí las competencias se reglamentarían según las prescripciones europeas relativas a la pista elíptica y las apuestas.

Para 1890 las carreras en el hipódromo eran el escaparate social en boga, donde damas y caballeros acudían a coquetear, apostar y ser vistos. El gran Manuel Gutiérrez Nájera, nos ha legado su crónica del hipódromo, donde "los galantes van a apostar con las señoras, y ofrecen una caja de guantes o un estuche de perfumes, en cambio de la páli-

1358 y 1359.

<sup>10</sup> *Ibidem*.



Pulquería La Primorosa, La Merced, 1906.

da camelia que se marchita en los cabellos de la dama o del coqueto alfiler de oro que detiene los rizos en la nuca".<sup>11</sup>

No se piense, sin embargo, que sólo los ricos disfrutaban –y padecían– la afición a las carreras ecuestres, puesto que había entradas de varios precios. Era conocido el entorno de Peralvillo por la buena variedad de cantinas aledañas a la nueva pista, a donde pasaban a terminar la tarde los aficionados. Desafortunadamente, el lugar tenía sus inconvenientes, ya que era de muy difícil acceso, al estar prácticamente en despoblado; además de que las tribunas estaban demasiado cerca de la pista por lo que el polvo cubría constantemente a los espectadores. Por tanto, el *Jockey Club* adquirió un nuevo predio para el centro hípico, esta vez al poniente, adonde la mejor urbanización apuntaba en los terrenos de la hacienda de la Condesa. El nuevo Hipódromo de la Condesa se inauguró un mes antes del estallido de la revolución en octubre de 1910, en los predios actualmente ocupados por el parque México, siendo la pista, como es sabido, la actual calle de Ámsterdam. En él se llevó a cabo el primer *Derby* mexicano y se desarrollaron, a la par de las temporadas de carreras, desfiles de charrería, juegos de polo, exhibiciones automovilísticas y otros eventos.

El gusto por los toros fue exitosamente trasplantado por los españoles a estas tierras, y las grandes fiestas se acompañaban con corridas de toros en cosos construidos al efecto en cada ocasión. Los toros eran construidos de



Porfirio Díaz, acompañado de su esposa, Carmelita Romero, llegan a un banquete en su honor, al segundo piso de el *Jockey Club*, en la primer calle de San Francisco. 1907.

madera, en forma provisional, tanto que a veces se edificaban con tablas alquiladas. Los hubo por doquier: en la Plaza Mayor, en la del Volador, en Jamaica, San Pablo, el Alcázar de Chapultepec, Santiago Tlatelolco, El Paseo de Bucareli, etc. Para terminar con los muchos inconvenientes de la constante mudanza de cosos taurinos –e iniciar un prometedor negocio–, en 1793 José del Mazo y Manuel Tolsá presentaron sendos proyectos de plazas permanentes, que no llegaron a construirse.

El decreto firmado por don Benito Juárez y Lerdo de Tejada en 1867, prohibiendo las corridas de toros en la capital, entró al año siguiente en vigor y permaneció vigente por 18 años hasta diciembre de 1886. Al ser prohibidas las corridas en la Ciudad de México, los pertinaces aficionados se desplazaban a los cosos ubicados en Toluca, Puebla, Pachuca, Texcoco y otras ciudades, así como a los que se construyeron *ex profeso* en las zonas aledañas a la capital, en San Bartolo Naucalpan y El Huizachal. Para fines de siglo XIX los ferrocarriles ofrecían descuentos especiales para captar taurófilos en viaje a Puebla o Toluca, e incluso, organizaban excursiones con pasaje y entrada a las corridas incluidas.<sup>12</sup>

Al derogarse el decreto de prohibición en 1886, el famoso matador, oriundo del Estado de México, Ponciano Díaz, se asocia con don José Cevallos, gobernador entonces del Distrito Federal, para dotar a la ciudad de un coso de gran magnitud: la Plaza de Bucareli. El redondel, inau-

11 Manuel Gutiérrez Nájera, "El Hipódromo", en: *Cuentos completos*. México, FCE, 1994, p. 225.

12 Eugenia Acosta Sol, "Viajes de recreación en el siglo XIX", revista *Ciencia, arte y cultura*, núm. 12, Dirección General del IPN, enero-junio de 1995.

## Hasta la construcción del Hipódromo de Peralvillo, las carreras de caballos se improvisaban en los terrenos de San Lázaro o en el Rancho de Nápoles.

gurado el 15 de enero de 1888, se levantó en un predio ubicado en el paseo de ese nombre, cerca del acueducto de Chapultepec, en zona todavía rural, que más tarde sería urbanizada como parte de la colonia Juárez. La tarde inaugural fue de época en la ciudad, ya que Ponciano Díaz toreó una de sus mejores tardes:

*...de morado y oro vestido, con el traje que de España le trajo Diego Prieto...brindando "por mi patria y por ti madre mía... la Providencia ha querido que preste a tu vejez el humilde fruto de mi trabajo".<sup>13</sup>*

Hasta 10 mil espectadores cabían en el coso, construido en madera de acuerdo con la tradición colonial. Al morir el matador, en 1899, a los cuarenta años, la plaza fue vendida a don Emilio Pugibet, dueño de la Compañía Cigarrera Mexicana del Buen Tono, quien ordenó la demolición del coso y encargó a Miguel Ángel de Quevedo la construcción (1912) de los bellos edificios del Buen Tono, hoy allí existentes, destinados a ofrecerse en renta a los empleados administrativos de su empresa.

El mismo año de 1899 se inauguraba otra plaza de toros en la capital, la México, ubicada en la convergencia de las calles de Álvaro Obregón y Cuauhtémoc, en la colonia Roma, con aforo de 10 mil taurófilos.<sup>14</sup> Con un –elevado–



Plaza de Toros.

costo de dos a cinco pesos, el 5 y 6 de mayo de 1904 se presentó en la Plaza México un espectáculo singular: tras un jaripeo, los asistentes disfrutaron del "Wild West Show [consistente en]... detener a un novillo por los cuernos y sujetándolo con los dientes por la nariz arrojándolo al suelo, dominando de esta manera al animal".<sup>15</sup>

La México quebró y terminó por ser derribada en 1914, quizá debido a la competencia de la cercana plaza de toros El Toreo (o de la Condesa), que abrió sus puertas en septiembre de 1907, en el predio enmarcado por las calles de Durango, Salamanca, Valladolid y Colima (hoy Palacio de Hierro Durango). De gran tamaño, podía dar cabida a casi 24 mil espectadores, gracias a que fue construida con materiales revolucionarios en su momento: alma de hierro, recubierta de hormigón. En la arena de la Condesa tomaron la alternativa Ignacio Mejía y Juan Silveti, y murió el matador Alberto Balderas. Hubo allí ópera, danza y box, quizá buscando elevar la productividad del enorme inmueble, que a pesar de todo, vio su última corrida en 1946. Su estructura metálica aún sirvió en la construcción del Toreo de Cuatro Caminos.

Y ya que se habla de animales, cabe decir que en la gloria de Colón existió un zoológico rudimentario, mucho antes de que en los años veinte se inaugurara el grande de Chapultepec; y en la glorieta del Caballito, ocupaba el enorme predio que actualmente ocupa el edificio de *Excélsior*,



<sup>13</sup> [www.laplazareal.net](http://www.laplazareal.net) Toros notables, entrega 73, 17 septiembre 2007

<sup>14</sup> Miguel Luna Parra y Federico Garibay Anaya. "Análisis y registro de las plazas de toros de México", en: México se viste de luces, un recorrido histórico por el territorio taurino en nuestro país. Guadalajara, Ágata

editores, 2001.

<sup>15</sup> Informe sobre el establecimiento Plaza de Toros México. AHDF, Fondo del Ayuntamiento, Ramo de Diversiones públicas 1900, Vol 857, exp. 198.



En el día de San Juan, las clases populares atestaban los baños públicos y las piscinas ca. 1924. Colección Fototeca Nacional, INAH.

un centro de diversiones populares llamado “Las montañas rusas”. Este lugar contaba con atracciones de feria, como juegos mecánicos, tiro al blanco y venta de golosinas. De cuando en cuando presentaba espectáculos circenses con elefantes y perros amaestrados, desfilando en pleno Reforma<sup>16</sup> ... así era la ciudad entonces.

### Las albercas pane

Debido a que el programa arquitectónico de la vivienda virreinal –aun la de gran formato–, no incluía el cuarto de baño, en la ciudad existía un buen número de establecimientos que ofrecían este servicio para la población. Pero algunos establecimientos, como los baños del Peñón, las albercas de Chapultepec y las Pane, se distinguían además de su función meramente aséptica, por un ambiente recreativo y curativo, relacionado con la hidroterapia, a imitación de los Spa’s europeos.

Las famosas albercas Pane consistían en un extenso conjunto de albercas y jardines, ubicado en las calles actuales de Abraham González (colonia Juárez). Para guardar el decoro, el conjunto se dividía en dos alas, la derecha para hombres y la izquierda para mujeres, al estilo de las termas romanas de la antigüedad. Había una piscina hidroterapéutica y una propiamente deportiva en donde se tomaban clases de natación. De acuerdo con Daniel Cosío

**“Negro como el diablo  
caliente como el infierno  
puro como un ángel  
y suave como el amor”  
Carlos Ascoytia**

Villegas, también se ofrecían cuartos de baño familiares de diferente precio, todos en excelentes condiciones y algunos de extraordinario lujo, con mobiliario de maderas preciosas y jardín privado.

En el conjunto Pane, los asistentes disfrutaban de música y servicio de comida, al tiempo que hacían uso de los toques curativos, masajes, baño ruso, duchas y el salón de peluquería. La publicidad de las aguas anunciaba que contenían “propiedades *sulfuroferruginosas*, destituidas de toda malicia y excelentes para la conservación del cutis y el crecimiento del pelo”.<sup>17</sup> Acreditemos el hecho de que el dueño de las albercas, regaló a quienes no podían pagar los servicios privados, el uso de una alberca construida en la parte frontera de su famoso negocio ☺

**\*Datos de la autora:  
Maestra en Sociología. Profesora de la ESIA Tecamachalco.  
Becaria de la COFAA.  
atlantida27@hotmail.com**

16 Eugenia Acosta Sol. *Colonia Juárez, desarrollo urbano y composición social*. México, IPN, 2007, p. 28 y ss.

17 Daniel Cosío Villegas. *Historia Moderna de México*. México, Hermes, 1973, Vol. III, p. 461.